

Homilía en la Bendición Abacial del Padre Eduardo Lagos

Solemnidad de Cristo Rey, 22 de noviembre de 1980

Cardenal Eduardo F. Pironio

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS EN CRISTO NUESTRO SEÑOR,
querido Padre Lagos:

En esta festividad tan profunda de Cristo Rey, la Iglesia, por el ministerio de un Obispo, bendice al primer Abad de esta Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes. Es un momento muy hondo de Iglesia, un momento también muy hondo de familia. Esta familia monástica de la Santísima Trinidad de Las Condes siente que el Señor de una manera particular la bendice por medio de un abad un abad como maestro, como padre y como pastor.

La festividad de Cristo Rey impresiona mucho, como lo acabamos de escuchar en le Evangelio. Cristo reina desde el servicio y la donación de la cruz. Toda nuestra vida tiene que ser una participación muy honda en Cristo sacerdote, profeta y rey, pero desde una incorporación muy honda a su muerte y a su resurrección. Cuando pensamos en el Cristo Rey no pensamos en el Cristo que domina pensamos en el Cristo que

sirve, pensamos en el Cristo que adora al Padre y que da la vida por sus hermanos. Todo esto se realizará en la figura y en la persona del abad: porque el abad, como dice san Benito, hace las veces de Cristo. Hombre que está llamado a adorar constantemente al Padre, a hacer la reconciliación por la sangre de la cruz, a dar la vida por sus hermanos.

La segunda lectura hablaba de Cristo, imagen del Dios invisible: Cristo síntesis de todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas en los cielos y en la tierra. El Cristo que hace la paz por la sangre de su cruz.

El abad será el hombre que, desde el interior de su comunidad al interior de la Iglesia local, realizará también la unidad por la sangre. Realizará la paz mediante la donación de su cruz.

Es interesante ver cómo hoy la liturgia de Cristo Rey no nos presenta a un Cristo dominador, sino a un Cristo que reina como Señor de la historia desde la cruz. Es el Cristo anonadado, el Cristo que describe san Pablo en la *carta a los Filipenses* que se anonadó, se hizo hombre, se hizo siervo, se hizo obediente hasta la muerte de Cruz, y por eso el Padre lo glorificó y lo constituyó Señor de la historia para la gloria de Dios Padre.

A imagen de este Cristo sufriente, surge la figura del abad que hace las veces de Cristo en el monasterio: hace las veces del Cristo Maestro, del Cristo Padre, imagen del Dios invisible revelador del Padre, del Cristo Pastor. Imagen que San Benito va presentando a través de toda su Regla, pero muy particularmente a través de los dos capítulos que él dedica a la figura del abad.

El abad, *maestro*. Maestro no de una doctrina humana sino de una experiencia interior, maestro del sublime conocimiento de Cristo, como dice Pablo a los filipenses. Maestro que vive constantemente a la escucha de la Palabra. Él repetirá a sus monjes y a todos aquellos que

se acercan al Monasterio las palabras iniciales de la Regla: “Escucha, oh hijo, las palabras del Maestro, inclina tu oído”.

Pero él es el hombre que tiene que abrir su corazón de padre de par en par a la Palabra. Tendrá que ser el hombre profundamente contemplativo. Porque es el maestro, tendrá que ser el hombre de la fidelidad: fidelidad a una palabra recibida, pobremente interpretada, generosamente recibida, rumiada, contemplada, entregada después a los demás. Si el abad es el que habla y saca estas cosas de su interior, saca de su tesoro cosas viejas y nuevas. Pero en definitiva, saca de su profunda experiencia de Dios. El maestro que ha aprendido por la experiencia de Cristo crucificado. El maestro que ha vivido a la escucha de la palabra del Señor y la ha engendrado adentro, sabiendo que al mismo tiempo esta palabra es engendrada en la Iglesia y en el mundo.

Es interesante ser maestro de una comunidad de monjes, donde la palabra se engendra para el mundo. Una palabra de luz, de fuerza, de sabiduría, de reconciliación, de amor. La palabra de la reconciliación del Padre. Una palabra de alegría, una palabra engendrada en el silencio del monasterio, pero solo si el abad es verdaderamente el maestro: el hombre pobre que todos los días abre su corazón en la sencillez, en el silencio, en la disponibilidad a la Palabra del Señor. Va viendo cómo esa palabra nace en el corazón de sus monjes, de su comunidad.

Pero el abad es también *padre*, padre que da la Regla. Hace las veces de Cristo, pero al mismo tiempo Cristo como figura, como expresión, como imagen, como revelación del Padre. En definitiva, Cristo no vino sino para eso: para mostrarnos al Padre, para comentarnos al Padre, para darnos al Espíritu Santo que, desde el interior, grita “*Abba, Padre*”, para abrirnos los caminos al Padre. Y el maestro tiene que tener una gran capacidad contemplativa, el padre tiene que tener una gran capacidad de comunión.

Entonces el Padre Eduardo será el hombre de la comunión, el hombre poseído por el Espíritu del amor, que vive la intensidad del amor hecho oblación y hecho servicio. Que vive la sinceridad del amor hecha unidad entre los hermanos. El hombre del silencio, en quien todo coincide porque vive en la cruz, y en la cruz todo se une. El hombre de la comunión: no sólo al interior de la comunidad monástica, sino el hombre que engendra la comunión en aquellos que se acercan al monasterio con deseos de silencio, de paz, de desierto, de encuentro con el Señor: Que engendra, vive la comunión en la Iglesia local: no solamente en la iglesia local, en la Iglesia universal. Padre, hombre de comunión.

Padre, hombre de la unidad, de la reconciliación, hombre profundo de Iglesia. Padre: alguien que tiene el corazón muy ancho, muy abierto para comprender, para animar. Padre piadoso, como dice san Benito, y maestro severo. Pero padre bondadoso, padre que sabe entender, que sabe animar; sobre todo padre que sabe engendrar y comunicar su sabiduría interior.

El abad es finalmente el *pastor*. San Benito lo describe: lleva su comunidad, preside su comunidad. La lleva por los caminos del Evangelio a fin de poder llegar por ellos a la posesión, a la visión de Aquel que nos llama a su Reino.

El abad es el hombre que conduce a su comunidad, pero no sólo a su comunidad. El abad es alguien que, en la Iglesia, frente a todo el pueblo de Dios, va conduciendo a todo el pueblo de Dios al encuentro definitivo con el Señor. Y para ello, el abad –como pastor– deberá tener fortaleza para conducir.

Son tres condiciones que yo encuentro del padre y del pastor: sabiduría para ver, bondad para comprender, fortaleza para conducir. Agradecer de corazón al Padre bueno. Sabiduría para ver: la sabiduría

del maestro, que tiene que enseñar de su riqueza interior a los demás la sabiduría del espíritu. Bondad para comprender, para entender y animar. Firmeza para conducir, con todo lo que supone de delicadeza y amor de padre.

Que sea el primer abad de la Abadía de la Santísima Trinidad de las Condes imagen de Cristo, el maestro, el padre, el pastor.

Dentro de un segundo, después de rezar la oración de la bendición, yo le entregaré tres cosas que serán para él un signo de lo que él tendrá que ser en su comunidad.

En primer lugar: la *Regla*. Y se la entregaré como diciendo: “Entra profundamente en ella, y por ella entra en la profundidad del Evangelio. Sé maestro, comparte la alegría del Evangelio”.

En segundo lugar, le entregaré el *anillo*, que será como un signo de que se une profundamente a su comunidad, será un padre que se une a esta comunidad, padre de esta comunidad, padre en la Iglesia.

Sé fiel a lo que el Señor te pida desde la cruz, y al mismo tiempo trata de engendrar constantemente a los hijos para la contemplación.

Y finalmente, el *báculo pastoral*: se le entregará el báculo de pastor, para que sea un signo de cómo tiene que conducir con sabiduría, con ternura y con firmeza a su comunidad.

En la festividad de Cristo Rey surge esta imagen del abad, signo del Cristo: signo de Cristo Rey desde la cruz, signo de Cristo Rey pacífico, signo de Cristo que es siervo fiel.

Que sea un maestro, que sea un padre, que sea un pastor. Se lo pedimos al Señor en este día por intercesión de nuestra Señora: la que nos dio a Cristo, imagen del Padre, Cristo el Maestro, Cristo el Pastor.